

ESTRADA, Oswaldo. *La imaginación novelesca. Bernal Díaz entre géneros y épocas*. Madrid-Frankfurt Am Main: Iberoamericana-Vervuert, 2009. 207 pp.

La obra de Bernal Díaz del Castillo, el soldado cronista, goza del prestigio indiscutible de un clásico hispanoamericano, al lado del Inca Garcilaso o Fray Bartolomé de las Casas. Sin embargo, la *Historia verdadera de la conquista de México*, escrita en la segunda mitad del XVI y publicada recién en 1632, posee, tanto como su mismo autor, características singulares que la dotan de una vitalidad bien distinta de la que gozan otros textos coloniales como los mencionados. La crítica moderna encontró, desde temprano, cierta pátina novelesca que reviste la crónica de Bernal. Ya decía Irving A. Leonard, en la primera mitad del XX, que la *Historia verdadera* era “no siempre distinta de un libro de caballería” (1979: 57). El estudio de Oswaldo Estrada se inserta en esta vertiente que indaga por el factor novelesco de Bernal, pero profundiza en él, y se aleja, por ende, del mero impresionismo, y postula reflexiones que insertan la obra analizada en los márgenes del debate hermenéutico actual.

El primer capítulo de *La imaginación novelesca* se propone defender la lectura estética de Bernal frente a la tradición reciente en los estudios coloniales que se plantea más bien el análisis discursivo de raíz neohistoricista. Para lograrlo, el autor se apoya en teorías historiográficas postestructuralistas como las de Hayden White y F. R. Ankersmit, para quienes “la forma de las narrativas históricas es idéntica a la que encontramos en la narrativa de ficción” (43). En última instancia, se propone la posibilidad de leer los textos antiguos desde una perspectiva actual, sin negar, por supuesto, sus características histórico-culturales propias. La riqueza de textos como el de Bernal y de buena parte del corpus cronístico americano radica en que se trata de obras históricas que incorporan elementos diversos, algunos de los cuales actualmente consideraríamos “literarios”, pero que en aquel momento no eran vistos como totalmente ajenos al género textual emprendido. El discurso histórico renacentista no

“hacía ascos” a la introducción de leyendas, folclor y materiales que ahora se nos antojarían claramente ficcionales. Este carácter híbrido, visto desde la hora actual, es el que ha brindado una larga vida al texto bernaldino, tanto por sus dotes inherentes como por haber soportado una lectura literaria en manos de hábiles escritores contemporáneos.

El segundo capítulo del estudio indaga en torno a las varias estrategias narrativas de Bernal Díaz que pueden identificarse como eminentemente novelescas. Se detiene en la particular caracterización del narrador de la obra, que se dirige con soltura a su lector, así como en el empleo de metáforas y de refranes populares que hacen del lenguaje de Bernal un lenguaje ágil que produce ciertos efectos artísticos que se asocian con la novela moderna. Mención aparte quizás merece la descripción ingeniosa, singular, de actos y personajes, un estilo que sugiere una mentalidad mucho más de creador que de compilador: “¿Cómo podemos ratificar si a Cortés se le cayó o no un alparcate en el fango? ¿De qué manera comprobamos si el retrato magistral del viejo Heredia es fiel a la verdad histórica? Es aquí cuando la historia bernaldina nos parece un tanto ficcional” (63). Esta observación resulta interesante a la luz de los recursos propios del género narrativo extenso que fue lectura literaria de cabecera para los hombres de la generación de Bernal: los libros de caballerías. Avalle-Arce afirma con razón que los autores medievales castellanos de la materia caballeresca “se referían a su obra como *libro* o *historia*, y si la última designación abría la puerta a la anfibia-logía entre *historia fingida* [o sea, la ficción] e *historia verdadera* [el género histórico propiamente dicho], tanto mejor. En realidad de verdad, se escribía *historia fingida* al socaire y usando los métodos narrativos de la *historia verdadera*” (1990: 13).

Planteado este panorama, Bernal sería una muestra de la operación inversa: un aprendiz de historiador que, a falta de pericia, incurre en mañas de novelista, echando mano de recursos inherentes a un autor de *historia fingida* para escribir su singular *Historia verdadera* de tema americano. En esta misma senda de pesquisa en torno a lo novelesco, Estrada se ocupa en el capítulo siguiente de

analizar la construcción de los personajes de Bernal Díaz. Se observa cómo el autor erige en máximo héroe de la conquista mexicana a Hernán Cortés, pero también la forma en que Bernal diseña personajes secundarios que escapan de ese rol subalterno y quedan impregnados en la retina del lector. Tal es el caso de los náufragos Aguilar y Guerrero; en particular este último, cuya historia posee repercusiones antropológicas que todavía suscitan interés en la crítica. Similar labor de rescate lleva a cabo el cronista con el personaje de la Malinche, paradigma problemático de la identidad mexicana, y el del propio Moctezuma. Todos estos personajes salidos de la pluma de Bernal, con Cortés a la cabeza, ofrecen la profundidad y las varias aristas que suelen tener los personajes pertenecientes al ámbito novelesco. Particularmente la figura compleja y contradictoria de Hernán Cortés, plasmada por Bernal, es la que ha pasado a ser un mito histórico conflictivo para la cultura mexicana. Así, pareciera que “el conquistador de México aún paga por las acciones contradictorias que Bernal supo atribuirle en su *Historia verdadera*” (112).

Similar operación, en el plano del tiempo y el espacio narrativos, ha emprendido Bernal, según lo demuestra el análisis de Estrada en el cuarto capítulo de este libro. Bernal dispone el tiempo del relato con la habilidad de un novelista que sabe cuándo acelerar o desacelerar las acciones en aras de producir un determinado impacto en su lector. La confluencia del espacio y el tiempo, plasmada en el concepto de “cronotopo” que acuñó M. Bakhtin, provoca que la *Historia verdadera* se aleje de los modos canónicos de narrar, más cansinos o convencionales, del resto de textos coloniales. Episodios como la matanza de Cholula y la Noche Triste, a través de la voz nostálgica de Bernal, se ofrecen como momentos heroicos intensamente vividos, manejando a placer el hilo del relato para mantener el suspenso y representar los actos de los conquistadores como hazañas superlativas, no obstante llevadas a cabo por seres humanos de carne y hueso que han pasado por múltiples penurias en su épica empresa.

Estos rasgos novelescos que desmenuza Estrada han sido bien asimilados y recreados por la narrativa mexicana contemporánea,

haciendo patentes las virtudes inmanentes del texto Bernaldino. En el último capítulo de *La imaginación novelesca* se analizan algunas novelas de las últimas décadas, en las que el diálogo con Bernal Díaz del Castillo es evidente desde diversos enfoques. En la obra de Carlos Fuentes nos hallamos ante una elaborada metaficción, que recoge el mensaje de Bernal a través de la recreación de sus personajes, como el célebre transculturado Aguilar. Carmen Boullosa, por su parte, en *Llanto* intenta expresar el carácter fragmentado de la historia mexicana, contando el proyecto fallido de escribir una novela histórica inspirada en el texto de Bernal. *Nen* de Ignacio Solares reescribe varios episodios bernaldinos, enfatizando la parodia, tomando en ese aspecto cierta distancia frente al autor recreado. Desde la perspectiva femenina, Laura Esquivel se ocupa de la Malinche haciéndola dialogar con Bernal Díaz. En su novela *Malinche*, la autora intenta presentar esa “otra cara” de la conquista, femenina e indígena, reconociéndole cierto mérito al soldado cronista en su caracterización más compleja de la manceba de Cortés. Todos estos proyectos novelísticos inspirados en Bernal confirmarían, con creces, la vena estética de su obra.

Es verdad que en un diligente autor como el Inca Garcilaso también encontramos una elaboración literaria que impregna la narración histórica (Durand 1988: 52): la épica en la *Historia de la Florida*, el género utópico en los *Comentarios reales* y la tragedia en la *Historia general del Perú*; pero su trabajo es de otra índole, de raigambre humanista, con unos modelos clásicos que lo respaldan. La imagen que nos queda de Bernal Díaz, en cambio, sería la de un escritor que parece arribar al discurso novelesco por ignorancia. Su falta de retórica elevada y su carencia de los recursos propios de letrado le exigen el empleo de ciertas prácticas de índole más tradicional, como los rasgos de oralidad, el uso del humor y algunos recursos del libro de caballerías, género denostado por los humanistas, entre ellos el propio Garcilaso, por su carácter fantasioso, hiperbólico. En suma, la *Historia verdadera* no sería otra cosa que, a decir de Oswaldo Estrada, un “híbrido artístico” (192) que ha dado y seguirá dando que hablar, pensar y, sobre todo imaginar,

a lo largo de los siglos. Escrita con energía y con buena prosa, *La imaginación novelesca* logra su objetivo: poner al Bernal narrador en primer plano, a la altura de aquellos otros diligentes narradores contemporáneos que lo han reconocido como modelo y guía para introducirse en el complejo laberinto de la historia y la cultura mexicanas.

Fernando Rodríguez-Mansilla
University of North Carolina at Chapel Hill

Referencias bibliográficas

- AVALLE-ARCE, Juan Bautista
1990 *Amadís de Gaula. El primitivo y el de Montalvo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- DURAND, José
1988 *El Inca Garcilaso de América*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú.
- LEONARD, Irving A.
1979 *Los libros del conquistador*. México: Fondo de Cultura Económica.